

Sobre *Naturaleza y conducta humana* de José Miguel Esteban, Bloomington: Palibro LLC, 2013. Paperback \$30.95. ISBN: 978-1463345594

Nalliely Hernández, Universidad de Quintana Roo

Una de las propuestas contemporáneas más interesantes en relación al pragmatismo norteamericano y a la filosofía ambiental se puede encontrar en el libro de José Miguel Esteban, cuyo título *Naturaleza y conducta humana* juega acertadamente con el título del libro del filósofo norteamericano John Dewey *Naturaleza humana y conducta*. De forma paralela, en este libro de título paralelo, Esteban realiza un trabajo impecable donde recupera y actualiza la reflexión filosófica deweyana para proponer y desarrollar un concepto de educación ambiental.

Desde mi perspectiva, el libro tiene dos virtudes centrales, que me propongo desarrollar brevemente. La primera reside en que Esteban logra generar una reflexión y propuesta teórica en torno al problema ambiental en un espíritu auténticamente deweyano con la maestría de un verdadero experto (un experto que no sólo ha estudiado profundamente a Dewey sino que se ha apropiado y ha puesto en práctica su pensamiento). Así, se ajusta a ella para reinterpretar el ámbito de la reflexión en torno a los problemas ecológicos de una forma magnífica, puesto que logra mostrar no sólo, tal y como afirma en la introducción Alejandro Herrera, la importancia que el medio ambiente tenía para Dewey, la gran relevancia de su concepción de la educación y la democracia para el tema de la educación ambiental[1], sino también y sobre todo, la vigencia del pensamiento del filósofo de principios de siglo pasado, al tiempo que incorpora en su propuesta nuevos conceptos y modelos, en epistemología, teoría política o ecología para reflexionar, armonizando perfectamente con el esquema pragmatista.

La segunda gran virtud del libro, no está desligada de la primera, pues en un estilo también propio de la filosofía de Dewey, Esteban innova y desarrolla una propuesta multidimensional y completísima alrededor de lo que describe como un *concepto operacional de educación ambiental*, la cual, dicho sea de paso, no deja cabos sueltos. El libro articula un trabajo teórico exhaustivo alrededor del problema ambiental que incorpora una propuesta epistemológica, antropológica, política y estética sin perder nunca de vista los fines pedagógicos del libro, así como una perfecta articulación entre este cuadro teórico y su conexión con la práctica de la educación ambiental en escenarios concretos, algunos inclusive locales. El texto es claro y didáctico, pero al mismo tiempo transita a analizar fundamentos teóricos y ámbitos de mayor complejidad, siendo fácil de leer sin quedar en lo trivial o superfluo, mostrando además, su identificación y afinidad personal por el entorno en el que vive y sus emociones por él. abordar los problemas ambientales, así como ejemplos de éxito y fracaso de nuestra acción sobre el ambiente que son analizados desde esta perspectiva y que nos dan propuestas concretas y dirigidas a un público amplio de lo que la educación y la acción ambiental pueden significar.

A continuación me propongo repasar y comentar algunas de las ideas centrales del libro. Uno de los ejes rectores del libro es, siguiendo la perspectiva pragmatista, evitar las dicotomías entre cultura y naturaleza, teoría y práctica, inteligencia y sensibilidad, teniendo como resultado una renovada propuesta de la racionalidad que disuelve estas oposiciones, y sobre todo, integra lo natural y lo social como aspectos íntimamente vinculados y mutuamente determinantes del ser humano. Así, el libro gira alrededor de una reconstrucción de la racionalidad que emerge desde una perspectiva epistemológica y antropológica naturalista sin ser reduccionista ni normada por dicho naturalismo.

Pero comencemos por el principio. Esteban parte de un diagnóstico[2] bastante realista y crítico sobre el escenario de la vida contemporánea y una dinámica de la sociedad de consumo en la que subyace la suposición de que todo tiene un valor económico: todo tiene un precio. Su itinerario en el libro consiste en generar un camino teórico y práctico para transformar este escenario que desmonte dicho supuesto culturalmente normativo y nos lleve a pensar en una ética de la finitud y de la autocontención.

Para ello, en primer término, proporciona un marco epistemológico básico que sigue las premisas del instrumentalismo de Dewey, desde el cual desmonta la dicotomía clásica entre hecho y valor[3], y por lo tanto, permite generar un marco que proporcione validez social a nuestras prácticas ambientales (valorar las acciones sobre el ambiente). Con este hilo conductor, en el primer capítulo propone una definición de la educación ambiental con una doble dimensión de la racionalidad ambiental; una ecológica y otra social que permitan orientar la transmisión cultural de un ambiente diverso a las generaciones futuras. Partiendo del mapa cognitivo deweyano, orientado a la generación de hábitos y prácticas para el futuro, esta racionalidad integra dos aspectos fundamentales: elementos aptitudinales de una racionalidad instrumental (alfabetización ecológica, inferencias científicas y técnicas) y elementos actitudinales de una racionalidad valorativa o axiológica (valores sociales).

Esta concepción también parte de una crítica fundamental, no sólo al escenario económico y cultural contemporáneo (aunque no está desligado de él), sino en un sentido filosófico, al modelo de ciencia que se gestó durante el pensamiento moderno. En éste último se desarrolló y consolidó una imagen matemática del mundo y, derivada de ésta una representación antropocéntrica de la naturaleza como disponibilidad absoluta. Esteban recupera entonces, en términos muy accesibles, la crítica a esta concepción de la ciencia que realizó el filósofo alemán Martin Heidegger. En ella señala que la matematización del mundo de la época renacentista o moderna implica que el pensamiento es un calcular sobre un mundo matematizado. Heidegger denunció la tendencia del pensamiento cartesiano de tratar a la naturaleza como un mecanismo material construido según los principios matemáticos y puesto a disposición de la especie humana. En la medida en que sólo el humano es sujeto, y el resto del mundo

es objeto, éste último se convierte en objetivo de su voluntad de dominio o control, así como el espíritu domina al cuerpo, la razón humana domina la naturaleza, objetivándola mediante el análisis matemático (una res extensa infinita y mecánicamente prolongable y divisible, dice Esteban). Entonces la naturaleza adquirió valor para el hombre como materia prima, material de trabajo o almacén de existencia.[4]

Ello ha consolidado una dicotomía entre cultura y naturaleza que jerarquiza y establece una relación de superioridad de una sobre la otra, justificando las prácticas humanas de explotación y dominio de la naturaleza. Como consecuencia, esta concepción de la ciencia moderna está teórica y prácticamente conectada con una sociedad mercantilista y con la consecuente degradación de la biodiversidad. Esta relación con la naturaleza ha llevado a teóricos contemporáneos a proponer que en el escenario actual al hombre ya no se puede considerar como una especie más en el proceso evolutivo, sino como un factor geológico, ya que esta actitud omnipotente le ha llevado, por ejemplo, a causar terremotos (el terremoto que devastó el centro de China fue el primer terremoto *causado* por el humano porque construyeron tres lagos artificiales sobre una falla tectónica).[5]

El pragmatismo que Esteban recupera de Dewey, como Heidegger, rechaza las dicotomías que justifican esta relación de dominación sobre la naturaleza pero en un tono menos desconfiando acerca de la ciencia que el del filósofo alemán, puesto que Dewey intentará recuperar un núcleo democrático y de cooperación que siempre estuvo convencido que existía en ella y que el mismo Esteban llevará a su propuesta ecológica. Pero, como dije antes, Esteban no se conformará sólo con el epistemológicos provenientes de la teoría de sistemas que involucran el holismo que caracteriza la vida y los ecosistemas, los mecanismos de retroalimentación positiva y negativa o las prácticas de *biomimesis*[6], para actualizar y enriquecer el marco teórico desde el cual concibe la educación ambiental.

Ahora bien, a partir de este cuadro general, se puede rastrear en el libro una reflexión en torno a la identidad personal y la antropología que intenta incorporar un relato evolutivo orgánico. En ella se propone reconciliar la herencia animal del hombre con su vida moral, no se trata de restringir arbitrariamente la vida animal ya que es relevante para la vida moral o la cultura, pues es, sobre todo, su condición de entrada o posibilidad. Siguiendo al historiador bengalí D. Chakrabarty podríamos decir que nuestra supervivencia depende de ciertos parámetros naturales cuya permanencia hemos tomado por sentado, sin embargo, la lección del calentamiento global y la crisis ecológica en general es que nuestra libertad sólo es posible en función de ciertas condiciones de vida estable en la Tierra (temperatura, agua, energía, etc.). Por lo tanto, la naturaleza se configura como un límite de ésta y llega a ser una categoría socio--histórica en un sentido más radical y literal (óntico diríamos), no sólo como un contexto estable de la actividad humana, sino afectándola en sus componentes más básicos.[7]

Pero Esteban va más allá y retoma esta condición natural y herencia animal, no sólo como condición de posibilidad sino como hilo conductor de una perspectiva antropológica. Siguiendo a algunos biólogos como De Waal y Margulis nos dice que la cooperación ha sido un factor decisivo en los procesos biológicos y que la neurociencia nos permite narrarnos como animales grupales, altamente cooperativos, sensibles ante la injusticia o hasta pacíficos; y no sólo egoístas, territoriales y competitivos. La invitación es a reconocer este carácter cooperativo ya que el segundo está suficientemente fomentado.

De esta manera Esteban propone un enfoque antropológico donde nuestra común humanidad está constituida por nuestro carácter mortal, nuestra dependencia de otros seres vivos y, en general, la interdependencia evolutiva entre los organismos, particularmente, entre grupos de la misma especie. Este cuadro lo enlaza con la perspectiva moral de la tradición británica que afirma que es la capacidad de sufrir, y no el lenguaje o la razón, el criterio de pertenencia a una comunidad moral; es el sentimiento de compasión y empatía o simpatía con el dolor de los demás lo que nos define como comunidad. Y finalmente recupera la combinación de esta idea de Peter Singer con el principio darwiniano del círculo en expansión, proponiendo una creciente comunidad moral como un principio en continua expansión que creciese hasta abarcar todas las criaturas capaces de sufrir (noción que también conecta con el filósofo norteamericano Richard Rorty).[8]

Esta visión, que pone como fundamento antropológico la cooperación y como fundamento moral la empatía, pretende refutar los modelos simplificados acerca del hombre y su racionalidad que lo reducen a un ser maximizador y solipsista, ejemplificado en el famoso experimento mental de Hardin sobre la Tragedia de los Comunes[9], elemento central del libro. En el capítulo cinco Esteban discute las fallas del razonamiento de Hardin: “Contrariamente a lo que ocurre en los experimentos mentales de los modelos idealizados, la elección racional en tales situaciones tiene lugar mediante proceso de valoración de carácter comunicativo y compromisos públicamente asumidos. Como veremos, la propia formulación que Hardin hace de TC como *experimento mental* depende de la decisión de desatender estas restricciones empíricas para mantener intacta la teoría económica e instrumental del racionalidad” [10], y a partir de dichas fallas fundamenta su propuesta de racionalidad y su consecuente propuesta pedagógica. De esta forma, el autor argumenta en contra de la ética antialtruista de Hardin, basada en una concepción hegemónica de la racionalidad económica que tiene como trasfondo un darwinismo social (en donde sólo se busca el beneficio individual a corto plazo) a la que opone la noción de cooperación de Dewey y de Kropotkin. Para ello recupera también las críticas de Ostrom (novel de economía 2009) quien realizó investigación de campo en diversas comunidades del mundo (incluido México) y a partir de ellas mostraba que la cooperación en las comunidades se encuentra en un grado mucho mayor de lo que se puede imaginar. Finalmente, expone e incorpora a la propuesta los conceptos de Martens sobre ecología humana para el desarrollo sustentable.

El análisis presentado permite superar las perspectivas unilaterales y simplistas comunes en América Latina que son nuevas versiones etnocéntricas de la Tragedia de los Comunes, según las cuales el deterioro ecológico se debe fundamentalmente a las prácticas agrícolas tradicionales, la intervención del Estado, y que reducen la supuesta solución a la apertura del mercado, o aquellas en las que se defiende un eco-etnicismo que postula que los pueblos indígenas, por definición, tienen una relación armónica y respetuosa con el medio ambiente, y que el deterioro ecológico sólo se debe al saqueo y la intromisión de corporaciones transnacionales y empresas privadas. racionalidad ambiental debe y puede ser producto de la comunicación, la cooperación y el diálogo de la comunidad (no sólo de maximización de beneficios individuales), pero ello también implica entrar a discutir y pulir las nociones de comunidad, comunicación o reciprocidad que el pragmatismo encuentra en la prácticas de la investigación. Esta es la siguiente tarea de la que se ocupa el libro.

El punto de partida para esta reflexión es la aparente tensión que se muestra entre las elecciones racionales individuales y el bien común. Dice Esteban:

Basándose en modelo económicos muy idealizados, algunos autores [...] han empleado los dilemas sociales para predecir las trágicas consecuencias de las políticas sociales que privilegian la justicia distributiva sobre la eficiencia ecológica y económica.[11]

Esteban mostrará esta falsa dicotomía al analizar la educación ambiental en su corazón político, la democracia como forma de vida y como comunidad de investigación. Por lo tanto, planteará la situación ecológica, como una situación social en cuya base subyace el cómo articular la vida comunitaria.

Siguiendo a Mead y a Dewey, Esteban establece que el yo de los individuos se constituye a partir del reconocimiento recíproco y de ejercer roles sociales. A partir de las expectativas de mutuo reconocimiento y comportamiento recíproco van surgiendo creencias, valores y actitudes, principalmente al enfrentar problemas grupales, que van a caracterizar a los miembros de una comunidad. Así, son la reciprocidad y el reconocimiento elementos centrales en la configuración de la identidad personal dentro de una comunidad.

Ahora bien, para Dewey el núcleo de la vida democrática radica en que dicha comunidad proceda reflexiva y dialógicamente para encontrar un equilibrio entre los intereses y valores privados y los públicos o comunitarios mediante un proceso de deliberación colectiva. Es entonces en la propuesta deweyana de la democracia como forma de vida, en donde un conjunto de valores (honestidad, reciprocidad, confianza, etc.) y prácticas, producto de la investigación y la deliberación, son el requisito básico para que las acciones de la comunidad tengan validez social y ecológica. Así, los problemas ambientales encuentran su substancia política en la necesidad de desarrollar una concepción participativa de la democracia inspirada en la idea de la comunidad de investigación. Como indica en el prólogo Alejandro Herrera: “Esta

comunidad requiere de prácticas comunicativas de concientización mediante el diálogo y la deliberación, así como de prácticas de sensibilización estética y desarrollo de actitudes afectivas de pertenencia y cuidado.”[12]

De ahí podemos concluir que el camino hacia una sociedad sustentable depende de nuestra capacidad de generar comunidades donde el debate, la deliberación y la participación colectiva puedan realizarse. Una comunidad en la que la investigación, dice Esteban, promueva una participación social amplia para generar acciones que nos permitan resolver los problemas comunitarios. En este sentido Esteban incorpora y liga plausiblemente la condición de sostenibilidad ambiental con la de justicia social. En el libro queda claro que una no puede venir sin la otra, y que ambas provienen del compromiso comunitario del que habla Dewey.

Con este hilo conductor, Esteban reivindica en el espíritu de Dewey, el papel de las comunidades en la sustentabilidad de los recursos naturales comunes, que en muchas ocasiones es completamente opuesta a las decisiones que vienen de las autoridades externas y que más bien siguen la lógica de la privatización, explotación e inserción de los recursos en el mercado a costa de la sostenibilidad del ambiente. El filósofo norteamericano fue siempre crítico con la idea de los gobiernos de expertos, que legitiman decisiones en aras de un conocimiento técnico e inaccesible para los legos, pero que terminan por imponer medidas autoritarias y externas que rara vez buscan el bien común, y donde fácilmente aparece la corrupción y las decisiones en beneficio de intereses privados. Por lo tanto, está en esta propuesta muy presente la concepción central de Dewey sobre la democratización de la investigación, la desprofesionalización del conocimiento del experto y de la ciencia como cuestión pública. Esto significa que es la propia comunidad la que debe deliberar públicamente los proyectos científicos y tecnológicos pertinentes para el bien común, tanto en un sentido de justicia social, como de la sustentabilidad del medio ambiente.

Como resultado, la comunidad en cuestión debe obtener del proceso de investigación colectiva ambientalista (una investigación que involucra hechos y valores en mutua determinación, aspectos ecológicos y sociales, etc.) un conjunto de valores cognitivos y simbólicos de la naturaleza unidos a sus valores éticos, afectivos y estéticos. Esta dimensión estética y de la sensibilización para la educación ambiental es el otro aspecto central que el libro aborda de forma original. Cultivar los valores estéticos de la naturaleza y del paisaje en general es un elemento fundamental y parcialmente olvidado de la educación y de la propia investigación ambiental. El sentido de pertenencia al paisaje natural, el desarrollo de nuestra sensibilidad mediante el contacto con la naturaleza es una batalla que no se debe dejar perder ante el imperio de la vida artificial, y peor aún, ante una estética de la desolación y la basura.

Finalmente, mencionaré que Esteban analiza varios ejemplos, como caso fracaso recurre al del Prestige de Galicia, magníficamente narrado y analizado, y como caso de éxito el de los pobladores de Sian Kaan que han sabido realizar procesos

participativos para gestionar sus recursos naturales con respeto, confianza y cooperación, evitando la sobreexplotación y organizándose comunitariamente. De esta forma la propuesta de libro configura una concepción de educación ambiental que integra dimensiones epistemológica, política, antropológica, estética, y pedagógica, que permite repensar desde lo más teórico y fundamental hasta lo más práctico y concreto nuestra relación con el medio ambiente.

Sin embargo, a pesar de la completud, exhaustividad y notable plausibilidad que uno encuentra a lo largo de su lectura, me quedan algunas inquietudes de la propuesta de Esteban, algunas están relacionadas parcialmente con las inquietudes que también tengo respecto de Dewey. La primera tiene que ver con la socialización de la ciencia que tanto Dewey como Esteban defienden, la desprofesionalización del conocimiento del experto y la democratización de la ciencia son aspectos clave en la vida pública para ambos autores. Si bien es cierto que ya desde principios del siglo pasado, cuando Dewey debatió al respecto con el periodista Walter Lippmann, dejó claro que un gobierno de élite no puede ser la base del bien común (con lo cual estoy completamente de acuerdo), el asunto de los límites entre dicha desprofesionalización y la inevitable necesidad de expertos en determinados ámbitos (además de la elevada abstracción de la ciencia actual) no parece del todo clara o resuelta, y sobre todo no parece clara tampoco la plausibilidad política de dicho proyecto, por lo menos en cualquier escenario social (de no ser un escenario social que tenga previamente estructuras democráticas).

El segundo punto está relacionado con lo que llamaríamos el papel público y cultural de la ciencia. Tanto Dewey como Esteban defienden un *ethos* democrático de la ciencia es:

[...] análogo al compromiso que nos involucra en la participación de proyectos comunes, que nos exige procurar la simetría en la distribución de oportunidades entre todos los participantes para comunicar aportaciones y críticas. El *ethos* democrático de la ciencia también prescribe que los logros alcanzados argumentativamente en dicha participación en proyectos comunes sean vinculantes y perduren con cierta continuidad en los proyectos venideros, de manera que por compromiso con una comunidad de investigadores en el tiempo, ciertas partes de la investigación gocen de inmunidad provisional, hasta que se justifique lo contrario.[13]

Debo decir que no estoy completamente segura de que la ciencia goce de dicho *ethos* (intrínseco) y, por lo tanto, de dichos compromisos. Si bien no dudo que existan comunidades científicas que procuren la simetría en las oportunidades y el compromiso con la comunidad, titubeo respecto si la ciencia tenga un *ethos* democrático distinto del que pueda tener cualquier otra comunidad, es decir, que no creo que los científicos gocen de ninguna virtud particular y por ello no he terminado de entender la insistencia de Dewey por usar el ejemplo de la ciencia. Por ello, cuando Esteban, como Dewey, alude a la ciencia como actividad prototípica de la democracia deliberativa, no puedo sino ser escéptica de su lectura, dicho en términos del pragmatista Richard Rorty:

[...] la única posibilidad de que la ciencia adquiriera relevancia en el plano política sería que los científicos naturales se hallaran en situación de ofrecernos un buen ejemplo de cooperación social, es decir, un buen ejemplo de una cultura experta en la que prospere la argumentación. De este modo nos proporcionarían un modelo para la deliberación política, un modelo de honestidad, tolerancia y confianza. La capacidad para ofrecer dicho modelo es una cuestión que depende más de los procedimientos que de los resultados, y esta es la razón de que una cuadrilla de carpinteros o un equipo de ingenieros pueda brindarnos un modelo tan bueno como el que pudiera ofrecer en su caso la Royal Society de Londres. La diferencia entre un acuerdo razonado relacionado con la forma de resolver un problema surgido en el transcurso de la edificación de una casa o de la construcción de un puente y un acuerdo razonado vinculado con lo que los físicos denominan en ocasiones “una teoría del todo” resulta, en este contexto, irrelevante.[14]

Desde mi perspectiva, siguiendo a este pragmatismo contemporáneo y antifundacionista, me parece que la ciencia es una actividad que permite predecir y controlar determinados ámbitos del entorno, pero no es más ejemplar ni política ni ontológicamente que cualquier otra actividad humana. Ello implica también que la ciencia no nos proporciona ninguna narrativa fundante o más profunda sobre los secretos de la realidad en general o de lo que en *realidad somos*, que no sean las descripciones y explicaciones parciales que da en su dominio. No nos dice nada sobre la naturaleza humana, sobre el modo en que hemos de vivir. Por ello, cuando el libro alude a las teorías científicas contemporáneas para decir algo más general, respecto de la cooperación, del riesgo o de la incertidumbre, me vuelve el escepticismo. Si bien estoy completamente de acuerdo en todos los puntos de llegada, no siempre lo estoy con el punto de partida, lo que es más creo que no lo necesitamos. Dicho en pocas palabras, su propuesta social es impecable, pero prescindiría de su base natural. Ello incluiría la idea de la naturaleza como un flujo equilibrado y armónico que es destruido por la actividad humana (que si bien Esteban no lo dice, a veces me parece que parece sugerirlo sutilmente), la naturaleza puede ser equilibrio o catástrofe, dependiendo de qué parte de ella veamos. Por ello, más allá de teorizar (o idealizar) la naturaleza[15], me inclinaría por explorar e implementar la propuesta social en la que el consumismo, el despilfarro y una libertad individual sin contención tendría que ser abandonada en pos de reconstruir la vida comunitaria basada en la solidaridad que expone Esteban.

Finalmente, el último punto que me inquieta es el de los estudios de caso elegidos. Es decir, ¿hasta qué punto dichos casos locales y relativamente pequeños resultan extrapolables (o con posibilidades de crecimiento) a las grandes sociedades contemporáneas globalizadas en las que el mercado bajo su propia lógica impone las horizontes de valor en la sociedad de consumo? Esta lógica de la estructura económica capitalista instrumentaliza, disuelve o reinventa valores culturales que aunque no se reducen a dicho mercado, impone su dinámica en buena parte de nuestras vidas. Está claro que estas comunidades han tenido que romper con esta lógica en varios sentidos para conseguir la sustentabilidad y el bien común. La pregunta que me hago entonces

es: ¿es posible configurar las comunidades que Esteban propone sin tener que cambiar la lógica de dicho capitalismo? Si el capitalismo es, en terminología marxista, un sistema social objetivo (y la codicia, la conducta de los banqueros, de los inversores es generada por dicho sistema social), no estaríamos ante un problema psicológico ni siquiera moral en sí mismo de que la gente ha perdido sus valores. Por tanto: ¿es posible plantear una ética ambiental en ese contexto? ¿no obliga ello a una reflexión en torno a la ecología que implique una ruptura más explícita y directa con esa lógica? ¿Es posible educarnos ambientalmente sin antes hacer esto? ¿No actuamos ante la crisis ecológica como lo hacemos ante la lógica del consumismo y el derroche? Cómo afirma S. Žižek, sabemos perfectamente del calentamiento global, la extinción de especies, derrames de petróleo, como sabemos de la explotación, las consecuencias del consumismo, y la mayoría del tiempo actuamos como si no lo supiéramos, la reprimimos.[16]

Me parece que la respuesta a estas preguntas no es fácil ni inmediata, pero que el planteamiento de este libro puede ser un buen punto de partida para explorarlas. El caso zapatista puede ser un ejemplo interesante de cómo se relacionan las dimensiones de la racionalidad propuesta por Esteban, los valores sociales con las inferencias técnicas, y su conflicto con el capitalismo. Sin duda, la rebelión neozapatista abrió nuevas perspectivas para la región, no sólo poniendo sobre la mesa de discusión, tanto nacional como internacional, el problema político y social indígena, y siendo inspiración de una nueva forma de organización comunitaria, sino que también generó nuevas perspectivas de desarrollo y proyectos productivos (así como inversión estatal que antes era inexistente, caminos, luz, etc.).

En su libro *La desmodernidad mexicana*[17] Sergio Zemeño habla del empoderamiento, del capital social, de la densidad societaria, de la recuperación del poder por parte de la sociedad civil hoy secuestrado por estados, partidos y el capital, y recuenta 6 experiencias llamadas “redes territoriales” que existen en algunos países, entre ellas los llamados Caracoles o Juntas del Buen Gobierno del EZLN y tres ejemplos de otras experiencias comunitarias o de cooperativas, basadas en el control de los territorios, la producción ecológica y los principios de un desarrollo sustentable. La presencia de estos últimos grupos se extiende por varias de las regiones indígenas del centro y sur de México. Aunque en todas estas comunidades se han alcanzado con mayor o menor medida estructuras como las que Esteban propone, estructuras comunitarias horizontales basadas en el diálogos y el acuerdo, si bien en un estado incipiente todavía, lo que distingue a los zapatistas es el rechazo del apoyo del gobierno en la búsqueda de una autonomía más radical y, sobre todo, la resistencia de seguir insertados en la lógica del capitalismo neoliberal (afirmando que las relaciones laborales y comerciales en esta lógica no pueden ser equitativas).

Si bien la experiencia zapatista se ha convertido en un laboratorio de experimentación de alternativas ambientales nacidas de las comunidades o de organizaciones solidarias europeas, rechazan los proyectos de ecoturismo de la región por tener una concepción neoliberal de la naturaleza y del territorio, pues para ellos la

naturaleza por definición no debe comercializarse (lo cual en principio coincide el planteamiento del libro), sino que es fuente de subsistencia y entorno de reproducción de su organización social, su cultura e identidad. Sin embargo, parece que las comunidades no zapatistas que han hecho uso de los recursos y subsidios estatales (SEDESOL, UNAM, INAH, etc.) parecen tener mejores condiciones (técnicas y materiales) para alcanzar un desarrollo sustentable en la medida en la que su territorio no es campo de batalla, no hay acoso militar y no dependen de recursos extranjeros. Esta disociación entre el movimiento social que busca una autonomía del propio sistema capitalista y un cambio más radical, y un tipo de desarrollo sustentable que no ha roto con el Estado (por lo tanto, con el mercado y el capital) y que, sin embargo, ha logrado formas de organización social más democráticas y autónomas, resulta un caso interesante que puede ser explorado a partir del planteamiento de Esteban.

Si bien no es el lugar para profundizar en el análisis, si me parece que con las herramientas analíticas aportadas por el libro podemos vislumbrar que el caso chiapaneco resulta, por lo menos, paradójico. Ello debido a que si como algunos estudiosos señalan (Reygadas o Toledo), la sustentabilidad parece más fácil en las regiones no zapatistas, debido a que no sufren el conflicto político y el hostigamiento militar del Estado y cuentan con las ayudas del mismo, como dije antes, estas comunidades tendrían más elementos aptitudinales para alcanzar una educación y desarrollo ambiental. Sin embargo, los elementos actitudinales o valores sociales (la reproducción de organizaciones democráticas) están limitadas por el propio Estado (que es el que en principio ha permitido y sigue permitiendo la deforestación, extinción de especies, la completa comercialización de la naturaleza, además de la marginación y explotación indígena, etc.). Además de que el desarrollo sustentable y parcialmente democrático de estas comunidades ha sido posible gracias al planteamiento político del zapatismo. Al mismo tiempo, aunque el zapatismo parece proponer una nueva estructura política, por tanto, tiene elementos actitudinales o valores sociales más cercanos al planteamiento de Esteban, en comunidades horizontales de deliberación, democráticas, legítimas, etc., al margen del Estado, no cuentan con las condiciones aptitudinales, porque esa condición les margina de condiciones materiales y les hace depender de organismos extranjeros. La imagen que nos ilustra esta situación paradójica es la de una banda de Moebius en donde comunidad y capitalismo no parecen tener dos lados separables y definibles, sino que uno depende de otro y la solución sólo parece venir de la transformación de la comunidad, tal como señala Esteban, pero llevar a cabo ese escenario hasta sus últimas consecuencias no parece fácil. En este sentido creo que la propuesta del libro es más radical de lo que parece a primera vista. Por todo lo anterior, resulta muy recomendable la lectura de este libro, que en un espíritu plenamente Deweyano: tiene una filosofía sólida y clara, pero no es sólo de filosofía.

Notes

[1] Esteban, J. (2013), p. 16.

[2] Cfr. Esteban, J. (2013), pp. 29--35.

[3] En la propuesta de Dewey, como consecuencia de la forma en que se generan los esquemas de conocimiento de la propia realidad a partir de la investigación, la distinción clásica entre hecho y valor (el primero como objetivo e independiente de perspectivas y el segundo como dependiente de gustos y pretensiones determinadas) se diluye. Por un lado, en toda experiencia existe una valoración, aquella que motiva y mueve la investigación a un fin determinado. Por otro, un juicio de valor no es externo a la experiencia pues depende de sus consecuencias y, por tanto de las conclusiones de la investigación. Para establecer hechos requerimos hacer valoraciones y toda valoración está fundada en determinados hechos.

[4] Cfr. Esteban, J. (2013), pp.243--5.

[5] Cfr. Žižek, S. (2010), p. 330.

[6] Imitación de la naturaleza que, en este caso, tienen como finalidad conservar y restablecer los sistemas naturales.

[7] Chakrabarty, D. (2009), pp. 2014--22.

[8] Cfr. Esteban, J. (2013), p. 276.

[9] Este experimento mental expone un pastizal común en el que se alimenta el ganado de cierta comunidad de pastores. Según Hardin lo racional al compartir el pastizal es que cada pastor intente maximizar sus ganancias individuales agregando cabezas de ganado que se alimentan del bien común, por lo que el pastizal inevitablemente se agotará.

[10] Esteban, J. (2013), p. 286.

[11] Esteban, J. (2013), p. 49.

[12] Esteban, J. (2013), p. 21.

[13] Esteban, J. (2013), p. 253.

[14] Rorty, R. (2010), p. 182.

[15] S. Žižek hace una controvertida pero interesante sugerencia de que la naturaleza como un organismo armonioso, orgánico, equilibrado, que se reproduce y que casi está vivo, que se altera o perturbada por la arrogancia humana, por la tecnología, es una versión secular de la historia religiosa de La Caída. Al contrario, el esloveno afirma que somos parte de la naturaleza, pero una naturaleza que no es balanceada que nosotros perturbamos, sino una serie de catástrofes de la que nos beneficiamos.

[16] Žižek hace esta sugerencia y la asocia con la represión en psicoanálisis.

[17] Zermeño, S. *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y a la exclusión en nuestros días*, Editorial Océano, 2005, 359 pp.